

“RAICES COMPARTIDAS: LA IDENTIDAD EN EL TEJIDO PEDAGÓGICO DE LA COMUNIDAD”

Rocío del Carmen Guaca

Código Orcid: 0009-0004-1296-9596

E-mail: rcguaca1727@gmail.com

I.E.D. Colegio Rodolfo Llinás

Doctorando en Education

Universidad Pedagógica Experimental

Libertador (Upel-Rubio)

Venezuela

Luz Amanda Melo García

Código Orcid: 0009-0008-7974-8631

E-mail: lamega1905@gmail.com

I.E.D. Colegio Rodolfo Llinás

Doctorando en Education

Universidad Pedagógica Experimental

Libertador (Upel-Rubio)

Venezuela

Flora Elsa Moyano Molina

Código Orcid: 0009-0005-6111-2721

E-mail: floramoyano@gmail.com

I.E.D. Colegio Rodolfo Llinás

Doctorando en Education

Universidad Pedagógica Experimental

Libertador (Upel-Rubio)

Venezuela

Recibido: 15/01/2026

Revisado: 20/02/2026

Aprobado: 25/03/2026

RESUMEN

La identidad infantil no se construye de forma aislada, sino a través de la relación constante con el entorno social, cultural y afectivo. Este ensayo aborda la identidad como un proceso dinámico, relacional y profundamente arraigado en las prácticas pedagógicas cotidianas. Desde una mirada humanista y crítica, se analizan las formas en que la escuela, la familia y la comunidad actúan como escenarios fundamentales para la consolidación del sentido de pertenencia y la formación ética del sujeto. A partir de referentes teóricos y experiencias educativas en contextos latinoamericanos, el texto propone una reflexión sobre el papel del educador como mediador de vínculos que sostienen la singularidad del niño sin aislarla del colectivo. La escuela, entendida como espacio de encuentro, no puede reducirse a la transmisión de contenidos, sino que debe

¹ Rocío del Carmen Guaca, labora en el I.E.D. Rodolfo Llinás de Bogotá como docente en el área de sociales en primaria, su grado superior el Magister en Educación de la Universidad Libre.

Luz Amanda Melo García, labora en el I.E.D. Rodolfo Llinás de Bogotá como docente en el área de tecnología en primaria, su grado superior el Magister en Educación de la Universidad Libre.

Flora Elsa Moyano Molina, labora en el I.E.D. Rodolfo Llinás de Bogotá como docente en el área de danza en primaria, su grado superior Especialización en el arte en los procesos de Aprendizaje de la Fundación Universitaria los Libertadores.

**“RAICES COMPARTIDAS: LA IDENTIDAD EN EL TEJIDO PEDAGÓGICO
DE LA COMUNIDAD”**

ENSAYO

convertirse en un lugar donde se reconozca la voz, la historia y la cultura del otro. La identidad se entrelaza con el respeto, la participación y la memoria, por lo que promover una pedagogía situada implica abrir caminos para que niñas y niños sean reconocidos, no desde la homogeneidad, sino desde su riqueza singular. Se concluye que una educación verdaderamente significativa no solo transmite saberes, sino que fortalece el arraigo, el cuidado mutuo y la ciudadanía activa desde los primeros años de vida.

Palabras clave: *Identidad. Pertenencia. Comunidad. Infancia. Escuela*□

**“SHARED ROOTS: IDENTITY IN THE PEDAGOGICAL FABRIC OF THE
COMMUNITY”**

ABSTRACT

Childhood identity is not formed in isolation but through ongoing interaction with social, cultural, and emotional environments. This essay explores identity as a dynamic and relational process deeply rooted in everyday pedagogical practices. From a humanistic and critical perspective, it examines how the school, family, and community serve as key spaces in shaping children's sense of belonging and ethical development. Drawing on theoretical frameworks and educational experiences in Latin American contexts, the text reflects on the educator's role as a bridge-builder who nurtures children's uniqueness while anchoring them in collective values. The school, as a space of encounter, should not be confined to the transmission of knowledge. Instead, it must be a place where children's voices, stories, and cultures are acknowledged and valued. Identity is woven together with respect, participation, and memory; thus, fostering a situated pedagogy means creating opportunities for each child to be seen not through uniformity, but through their singular richness. The essay concludes that meaningful education goes beyond academic content: it strengthens rootedness, mutual care, and active citizenship from early childhood.

Keywords: *Identity. Belonging. Community. Childhood. School.*

La escuela ha sido históricamente un espacio de formación no solo intelectual, sino también ética, emocional y cultural. No obstante, en la última década, el tejido identitario que nutre a los niños ha comenzado a mostrar fisuras profundas. En un mundo marcado por la aceleración tecnológica, la globalización cultural y el debilitamiento de la vida comunitaria, los niños de básica primaria enfrentan una crisis silenciosa: la pérdida de referentes que les permitan decir con firmeza “quién soy” y “dónde pertenezco”. Este ensayo parte de una hipótesis que interpela al corazón de la labor pedagógica: la identidad infantil se ha visto erosionada progresivamente en los últimos diez años, y con ella, el sentido de pertenencia que cimienta la autoestima, la convivencia y la posibilidad de construir comunidad.

Lejos de ser un fenómeno marginal, esta problemática atraviesa las aulas con fuerza, afectando no solo el rendimiento académico, sino también la salud emocional y el proyecto de vida de miles de niños; así, este trabajo se propone como una reflexión crítica y propositiva, desde una pedagogía humanizada, que devuelva a la identidad y al sentido de pertenencia su lugar central en la experiencia educativa. A través de un diálogo entre teoría, experiencia docente y análisis del contexto, se explorarán las raíces del problema y se delinearán posibles caminos para resignificar la escuela como espacio de arraigo, cuidado y reconocimiento.

DESARROLLO TEMÁTICO

2.1. Proposición

La identidad en la infancia no es una esencia fija, sino una construcción viva que se configura en el vínculo con los otros y con el entorno. Según Erikson (1968), el desarrollo de la identidad comienza tempranamente, cuando el niño, al interactuar con su ambiente, internaliza valores, narrativas y roles que le permiten elaborar un sentido coherente de sí mismo. En este proceso, la escuela cumple un rol esencial como espacio de mediación simbólica, donde el niño no solo aprende contenidos, sino que también se descubre a sí mismo en la mirada del otro; como afirma Dubet (2006), “la identidad no se recibe ni se hereda, se construye en la tensión entre pertenencias múltiples y experiencias singulares que, en el mejor de los casos, logran articularse sin romper al sujeto”. Esta afirmación es clave para entender que los niños de hoy no solo viven fragmentación identitaria por causas externas, sino también por la dificultad de integrar los múltiples discursos y modelos que reciben desde el hogar, la tecnología, la cultura global y la escuela.

“La construcción de la identidad infantil no es una línea recta ni un reflejo de la herencia familiar, sino un campo de batalla simbólico donde el niño ensaya, rechaza y adopta modelos que le permiten narrarse con sentido en un mundo cambiante” (Rojas, 2017, p. 34).

Desde los primeros años de vida, la identidad y el sentido de pertenencia juegan un papel fundamental en la formación del individuo. Inicialmente, estos aspectos se forjan en el entorno familiar, pero se fortalecen con la experiencia escolar y la interacción con la sociedad. La identidad permite que cada persona se reconozca como un ser único, con características y valores adquiridos en su contexto de desarrollo. A su vez, el sentido de pertenencia favorece la integración social, el bienestar emocional y la participación dentro de la comunidad. A lo largo del tiempo, diversas disciplinas como la psicología, la sociología y la antropología han estudiado estos conceptos debido a su impacto en la construcción de la personalidad y la configuración de los grupos sociales.

Actualmente, la globalización, el ciber lenguaje, la interacción en línea, la continua participación en las redes sociales y los cambios socioculturales han venido transformado la forma en que la identidad y el sentido de pertenencia se desarrollan. Investigaciones como las de Henríquez Henríquez, Urzúa Morales y López López (2020) han analizado la fusión de identidad en distintos entornos sociales, mientras que Roque-Herrera y Quizhpi-Andrade (2022) han estudiado cómo la pandemia afectó la percepción del sentido de pertenencia en estudiantes. Según las investigaciones de estos autores dan a conocer la importancia de estos conceptos en la sociedad moderna, donde las personas enfrentan constantes cambios tanto en su entorno personal como en las diferentes comunidades a las que pertenecen. Analizar la relación entre identidad y sentido de pertenencia, permite conocer la importancia en el desarrollo individual y colectivo dentro del proceso escolar, así como los factores que los ayudan a fortalecer o

debilitar en la actualidad. Cabe tener en cuenta que, desde una mirada psicológica y sociocultural, la identidad conlleva a explorar el proceso de construcción y su influencia en la percepción del "yo". También se debe tener presente que el sentido de pertenencia hace parte en la formación de vínculos y la estabilidad emocional.

2.2. Argumentación

Por consiguiente, la identidad en la construcción social es un concepto amplio y complejo que incluye dimensiones personales, sociales y culturales. Según Henríquez Henríquez et al.

(2020), la identidad se forma a partir de la interacción entre factores internos, como la personalidad y las experiencias individuales, y factores externos, como la cultura, la educación y las relaciones interpersonales. Desde la psicología, Erikson (1968) sostiene que la identidad se desarrolla a lo largo de toda la vida, con especial énfasis en la adolescencia, una etapa en la que los jóvenes exploran diferentes roles y grupos de pertenencia para definir quiénes son.

Desde la sociología, Berger y Luckmann (1966) explican que la identidad se construye a través de la socialización, un proceso en el que las personas interiorizan normas y valores que les permiten ubicarse dentro de un grupo. En este sentido, instituciones como la familia, la escuela y los medios de comunicación juegan un papel clave en la formación de la identidad. No se trata de algo estático, sino de un aspecto en constante evolución que se adapta a los cambios del entorno, la sociedad y a las

experiencias de vida; un elemento fundamental en la construcción de la identidad es la cultura en la que se desarrolla el individuo, la cual permite que se reconozcan como parte de una comunidad con sus tradiciones, costumbres y valores aprendidos y compartidos. Entre otros aspectos la globalización ha generado una influencia externa que ha provocado crisis identitarias. Toribio-Lagarde y Álvarez-Rodríguez (2019) han analizado cómo la moda globalizada puede afectar la identidad cultural de los niños y adolescentes, alejándolos de sus raíces y promoviendo una homogeneización cultural. Lo anterior conlleva a la necesidad de buscar formas de preservar las identidades locales en un contexto de permanente crecimiento de interconexión.

Entre tanto el sentido de pertenencia genera constantemente un impacto en el bienestar individual y es una necesidad humana fundamental que influye en la estabilidad emocional y la percepción de seguridad que se concibe en el grupo al cual se pertenece. Es de aclarar que lo anterior conlleva a entender que la pertenencia es un elemento esencial para el bienestar psicológico, ya que el contacto con un grupo social brinda apoyo emocional y refuerza la identidad individual más aun en los entornos escolares. Un estudio de Roque-Herrera y Quizhpi-Andrade (2022) sobre estudiantes universitarios en Ecuador durante la pandemia de COVID-19 reveló que la disminución de la interacción social afectó negativamente la percepción del sentido de pertenencia. La falta de contacto con compañeros y docentes generó sentimientos de aislamiento, impactando tanto el rendimiento académico como el bienestar emocional. Esta investigación pone en

evidencia la importancia de los espacios de socialización en la consolidación del sentido de pertenencia, no solo en el ámbito educativo, sino también en otras áreas de la vida.

Si bien es cierto que la globalización ha facilitado el acceso a diversas culturas, también es de aclarar que ha afectado las diversas identidades locales. En muchas comunidades, las tradiciones y valores propios han sido desplazados por influencias extranjeras y diversos grupos en línea lo que ha debilitado la conexión de las personas con su entorno cultural; además, las redes sociales han cambiado la forma en que las personas construyen su identidad y perciben su sentido de pertenencia. Restrepo Cuervo (2020) advierte que la autoimagen en plataformas digitales puede diferir significativamente de la identidad real, generando una fragmentación identitaria y una búsqueda constante de validación externa para ser aceptados dentro de la sociedad. Es por ello que las sociedades son cada vez más individualistas, las relaciones comunitarias tienden a debilitarse y la falta de interacción cara a cara con otros miembros de la sociedad puede generar sentimientos de soledad y desarraigo, afectando negativamente el sentido de pertenencia.

Es por ello que la educación es clave para la construcción de la identidad y el sentido de pertenencia. Gonzáles Campos et al. (2023) destacan la necesidad de diseñar estrategias que promuevan la participación activa de los estudiantes en actividades que refuercen su integración en la comunidad educativa; de igual manera la cultura como

pilar de la identidad debe fomentar la preservación de las tradiciones culturales y el reconocimiento de la diversidad lo que ayuda a fortalecer tanto la identidad individual como la colectiva sin dejar atrás el trabajo que pueden realizar las redes sociales las que además de ser un desafío, también ofrecen oportunidades para reforzar el sentido de pertenencia, siempre y cuando se utilicen de manera positiva y consciente contando con el apoyo invaluable de las familias.

La identidad, como tejido invisible que envuelve cada experiencia humana, se construye en un vaivén constante entre lo que somos, lo que creemos ser y lo que otros perciben de nosotros. No nace concluida ni permanece inmutable: se gesta, se transforma, se reinterpreta. Desde la infancia, cada palabra recibida, cada vínculo afectivo, cada espacio habitado, va dejando una huella profunda en ese mapa íntimo que configura el yo. Esta construcción, tan compleja como esencial, no ocurre en el vacío, sino en interacción con la comunidad, la cultura y el entorno social. En esa interacción aparece el sentido de pertenencia, como la necesidad de saber que se es parte de algo más grande, que hay un lugar donde la existencia cobra sentido, donde ser uno mismo no significa estar solo.

El sujeto moderno, atrapado entre las exigencias del mundo globalizado y la urgencia de reconocerse, busca puntos de anclaje que le permitan afirmarse. En este escenario, la pertenencia se convierte en refugio frente a la fragmentación identitaria que la sociedad contemporánea impone. Tal como afirma Bauman (2001), “la identidad hoy es una tarea, no un dato; se elige, se construye y se negocia continuamente” (p. 14).

Esta perspectiva revela el carácter dinámico de la identidad y el profundo vínculo con las relaciones que la sustentan. No basta con mirarse al espejo para saber quién se es; hace falta mirarse en los ojos de los otros, escuchar cómo nos nombran, cómo nos esperan o nos rechazan.

Ese reconocimiento por parte del otro es mucho más que una validación externa: es una necesidad ontológica. Cuando el individuo no se siente parte, cuando no encuentra eco ni arraigo, surgen fisuras que afectan su manera de habitar el mundo. El sentido de pertenencia no se impone ni se hereda; se cultiva en el encuentro, en la confianza, en la posibilidad de compartir significados. La pertenencia no exige homogeneidad, sino aceptación. Es el terreno fértil donde la identidad florece, incluso en medio de contradicciones y diferencias. En palabras de Taylor (1994), “la identidad se define en diálogo con otros, en relación con cosas que son significativas para nosotros” (p. 34). Esta dimensión dialógica no solo resalta la importancia del otro en la construcción del yo, sino que posiciona la cultura, la historia y el lenguaje como ejes centrales del proceso.

En este diálogo permanente entre el yo y el entorno, la pertenencia se convierte en afirmación simbólica: saber que se es necesario, que se tiene un lugar en la trama social. Esta necesidad se acentúa en contextos donde las condiciones de vida desdibujan los vínculos, como ocurre con poblaciones desplazadas, minorías culturales o personas sometidas a exclusión sistemática. Sin una red simbólica que sostenga la

experiencia vital, la identidad se fragmenta, y con ella se desvanece también la posibilidad de construir proyectos de vida sólidos. La identidad, entonces, no se reduce a una categoría psicológica o un atributo individual, sino que se inscribe en un entramado de significaciones compartidas. Cada grupo humano ofrece marcos de interpretación que permiten a sus miembros orientarse, actuar y comprender su lugar en el mundo. Estos marcos no son neutros: están cargados de valores, memorias y tensiones. La pertenencia implica una elección, pero también una herencia. Se pertenece porque se comparte un idioma, una historia, unos símbolos; pero también porque se decide permanecer, defender o resignificar lo que se ha recibido. Como lo plantea Hall (1996), “la identidad no es un punto fijo sino una posición dentro de discursos culturales en constante transformación” (p. 4).

Esta transformación se da tanto en el plano individual como colectivo, en procesos que cruzan la educación, la política, la religión y las tecnologías; vivimos en un tiempo donde las referencias tradicionales de pertenencia como la nación, la familia, la escuela se ven desbordadas por dinámicas más líquidas y efímeras. Sin embargo, la necesidad de pertenecer no desaparece, solo se desplaza. Aparecen nuevas formas de comunidad: virtuales, simbólicas, afectivas. Y con ellas, nuevas formas de construir identidad. El riesgo está en que muchas de estas formas no logran generar compromiso ni sentido profundo, lo que puede derivar en una sensación de vacío, de desarraigo, de búsqueda constante sin hallazgo verdadero.

Ese vacío, en muchos casos, se traduce en malestares subjetivos que no siempre encuentran nombre ni lugar en los discursos sociales. La falta de pertenencia puede manifestarse como ansiedad, aislamiento o incluso violencia, especialmente cuando el sujeto percibe que su identidad no encaja o no es reconocida. De ahí la importancia de generar espacios inclusivos donde todas las voces puedan ser escuchadas y todas las formas de ser puedan coexistir. La identidad no se afirma excluyendo al otro, sino reconociendo la riqueza que trae la diversidad. Como sostiene Dubet (2006), “el sentimiento de pertenencia es una construcción social que remite a la experiencia del reconocimiento, más que a una esencia compartida” (p. 112). Esta afirmación invita a pensar la pertenencia no como un dato de origen, sino como una práctica social, constantemente renovada a través del diálogo y la participación.

En este sentido, la escuela, las familias, los medios y las comunidades tienen un papel fundamental. Son escenarios donde se gestan, negocian y transforman identidades. Son también espacios donde el sentido de pertenencia puede ser cultivado o negado. Cuando estos espacios fallan en su función integradora, los sujetos quedan a la deriva, buscando anclajes que, en ocasiones, pueden ser destructivos o alienantes. Por eso, construir pertenencia es también un acto ético, una responsabilidad colectiva que atraviesa todos los niveles de la vida social. La pertenencia, cuando se logra desde el respeto y la reciprocidad, fortalece los vínculos y da estabilidad a la identidad. No se trata de pertenecer por obligación ni de diluirse en el grupo, sino de encontrar resonancia,

de sentir que se puede ser auténtico sin miedo al rechazo. Esta tensión entre individuación y pertenencia es inherente a la condición humana. Por ello, todo proceso de afirmación identitaria es, al mismo tiempo, un proceso de negociación. En palabras de Ricoeur (1990), “la identidad personal está mediada por la narrativa que hacemos de nosotros mismos, en relación con los otros” (p. 150). No se puede ser plenamente sin contar-se, y no se puede contarse sin ser escuchado. Así, el relato de vida, el reconocimiento mutuo y la participación activa en la comunidad se convierten en ejes fundantes de la identidad con sentido.

Propuesta

La sociedad actual, marcada por el vértigo de la inmediatez y la lógica del rendimiento, amenaza con disolver estas construcciones profundas. Las identidades tienden a hacerse volátiles, fragmentadas, sujetas a modas o algoritmos. Sin embargo, en medio de esa velocidad, el deseo de pertenecer sigue latiendo. Se busca en cada red social, en cada colectivo, en cada gesto de afinidad, ese lugar simbólico donde no sea necesario explicarse todo el tiempo. Por eso, fortalecer los vínculos comunitarios, recuperar la memoria colectiva y abrir espacios de expresión genuina se convierte en una tarea urgente, no solo para el desarrollo individual, sino para la salud democrática de las sociedades.

El sentido de pertenencia es una necesidad humana básica que se gesta desde los primeros vínculos afectivos y se consolida en la interacción social. Para los niños en edad escolar, este sentimiento es vital: pertenecer les permite sentirse valorados,

seguros y partícipes de una comunidad. No se trata solo de “estar en un lugar”, sino de saber que su existencia importa para otros. En palabras de Baumeister y Leary (1995), “la necesidad de pertenencia es tan fundamental como la necesidad de alimento o refugio, porque sin ella el desarrollo humano se desvía de su cauce natural”. En el contexto escolar, el sentido de pertenencia se expresa en múltiples dimensiones: sentirse parte del grupo, percibir que el docente lo conoce y reconoce, encontrar espacios donde su identidad cultural y familiar es acogida. Cuando este sentimiento se debilita, los niños pueden experimentar aislamiento, retraimiento, baja autoestima y dificultades de aprendizaje. Por eso, una pedagogía que cultive el sentido de pertenencia no es un lujo afectivo, sino una necesidad estructural.

“El niño que no se siente parte de su escuela no aprende, no juega, no confía. La pertenencia no es un estado emocional superficial, sino la raíz de todo vínculo educativo significativo y de toda experiencia de crecimiento compartido” (Martínez, 2021, p. 88).

Desde la perspectiva de la educación humanista, el aula debe ser concebida como una comunidad de sentido, donde cada niño pueda reconocerse en la diferencia y encontrar un lugar en la trama colectiva. En este sentido, Paulo Freire (1997) propone una pedagogía del encuentro, donde el acto educativo parte del respeto a la identidad del otro y del reconocimiento de su palabra. Para Freire, enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las condiciones para que el sujeto se apropie de su mundo y lo nombre desde sí mismo.

“Educar es humanizarse en el diálogo. Y no hay diálogo verdadero si el otro no es visto como alguien que tiene una historia, una cultura, una identidad que merece ser nombrada y

cuidada en la relación pedagógica” (Freire, 1997, p. 42).

La pedagogía, entendida no solo como transmisión de saberes sino como un acto profundamente humano, tiene un papel esencial en la configuración de la identidad y del sentido de pertenencia. Cada gesto educativo, cada palabra pronunciada o silenciada en el aula, lleva consigo una carga simbólica que contribuye a que los estudiantes se sientan reconocidos o ignorados, incluidos o marginados. La escuela, como institución socializadora por excelencia, es una plataforma donde se amplifican las posibilidades de ser, donde el sujeto puede vislumbrar otras versiones de sí mismo a través de la mirada del maestro, del grupo, del saber compartido. No es casual que muchas de las memorias identitarias más duraderas se gesten en la infancia escolar: una palabra de aliento, un lugar en la fila, una pregunta respondida, pueden marcar para siempre la imagen que un niño o niña construye de sí.

Los entornos escolares, sin embargo, no operan en solitario. Están en permanente diálogo con las dinámicas familiares y comunitarias. La escuela no puede ser una isla. Si en el hogar se cultivan vínculos seguros y afectos sostenidos, el estudiante llega al aula con un equipaje emocional que facilita su integración. Pero si en casa hay rupturas, carencias o exclusión, la escuela se convierte a veces sin quererlo en el único espacio posible para reconstruir ese tejido roto. Por eso, la pedagogía de la pertenencia no se

limita al currículo ni a las metodologías, sino que atraviesa las relaciones, el clima escolar, la forma en que se resuelven los conflictos o se celebra la diversidad. Educar, en este marco, es también un acto de acogida.

Durante los últimos diez años, la infancia ha sido testigo y protagonista de un conjunto de transformaciones socioculturales que han reconfigurado profundamente su forma de habitar el mundo. El avance acelerado de la tecnología, la expansión de los dispositivos móviles, la precarización de los vínculos familiares, el debilitamiento de las redes comunitarias y el cambio en las dinámicas escolares han provocado una ruptura en los procesos tradicionales de formación de identidad; muchos niños hoy construyen su autoimagen a partir de referentes fragmentados, hiperdigitales y globalizados, que muchas veces no dialogan con sus raíces familiares ni con su entorno inmediato. La exposición constante a redes sociales, personajes virtuales, modelos consumistas y estereotipos homogéneos ha debilitado las narrativas propias de cada territorio y cultura, generando una identidad en tránsito, frágil, volátil.

En este nuevo escenario, los niños no solo consumen información: la interiorizan como modo de ser. Ya no es extraño encontrar en primaria a niños que se identifican más con youtubers internacionales que con los relatos orales de sus abuelos, o que asumen expresiones culturales ajenas como propias, desconociendo o minimizando las de su comunidad.

“Los niños del siglo XXI no han perdido su identidad por decisión propia, sino porque el mundo adulto les ha ofrecido un espejo roto donde las raíces son reemplazadas por imágenes

veloces que no alcanzan a formar un sentido de sí” (Londoño, 2022, p. 59).

Cuando se entiende la educación como un proceso de construcción de sentido, no basta con enseñar contenidos; es necesario también enseñar a habitar el mundo con otros, a reconocer-se y ser reconocido. En este sentido, la función docente trasciende lo instructivo: se vuelve mediadora del reconocimiento. El maestro que nombra al estudiante por su nombre, que se interesa por su historia, que, valida su palabra, está contribuyendo a una pedagogía del vínculo. Este enfoque no idealiza la figura del educador, pero sí la coloca en un lugar ético y transformador. Tal como plantea Freire (1996), “enseñar no es transferir conocimiento, sino crear las posibilidades para su producción o construcción” (p. 47). Crear posibilidades implica también crear pertenencia: abrir caminos para que cada sujeto encuentre su voz y su lugar en la comunidad de aprendizaje.

El aula, como microcosmos social, reproduce muchas de las tensiones que existen en el entorno familiar y comunitario. Por eso, resulta esencial que los proyectos pedagógicos integren a las familias como aliadas y no como meras espectadoras. La construcción de identidad no se da de manera aislada en la escuela, sino en el entrecruce con lo que el niño o la niña vive en su casa, en su barrio, en sus relaciones más cercanas. La coherencia entre los mensajes de ambos espacios hogar y escuela puede reforzar el

sentido de pertenencia, mientras que la contradicción permanente puede generar confusión y desvinculación. La educación, entonces, no puede ser neutral: está siempre modelando subjetividades, y con ellas, futuros posibles.

En muchas aulas, la diferencia entre sentirse parte o no puede radicar en gestos aparentemente pequeños. Un niño que constantemente es interrumpido al hablar puede asumir que su voz no tiene valor, mientras que otro, al que se le brinda un espacio genuino para expresarse, empieza a reconocerse como alguien que merece ser escuchado. Son hechos cotidianos: una profesora que adapta su estrategia para incluir al estudiante con dificultades, un docente que celebra el saber ancestral que un niño trae de su comunidad indígena, una directora que aprende a pronunciar correctamente el nombre de una estudiante migrante. Cada una de estas acciones refuerza la idea de que el sujeto importa, de que su historia es digna de ser acogida. No es un tema de buenas intenciones, sino de prácticas concretas que impactan la forma en que los estudiantes se miran a sí mismos y a los demás.

La pertenencia también se fortalece en los rituales escolares: las asambleas donde se escucha a todos, los proyectos colaborativos, las celebraciones de identidad cultural, las actividades donde la diversidad no es solo tolerada, sino valorada. Cuando un niño ve su lengua, sus costumbres o su historia reflejadas en el espacio educativo, siente que hay un puente entre su mundo privado y el mundo público. Y ese puente es vital para que la identidad no se viva como una fractura, sino como un proceso integrado

y respetado. La escuela, entonces, tiene la posibilidad de convertirse en un escenario privilegiado para curar heridas de exclusión y sembrar vínculos significativos.

Un ejemplo revelador se da cuando un estudiante, habitualmente aislado, participa por primera vez en un proyecto grupal donde se valoran sus ideas. Tal vez no destaque por sus habilidades académicas tradicionales, pero tiene destrezas para organizar, para narrar, para resolver conflictos. Esa oportunidad de ser útil y visible puede convertirse en el inicio de una transformación profunda. Del mismo modo, cuando una madre es invitada a compartir una receta tradicional en clase o un padre asiste a una tertulia con su historia de vida, el mensaje implícito es claro: la escuela reconoce y valora lo que hay más allá de sus muros. Estas acciones, aunque breves, expanden el marco de la pertenencia, lo hacen tangible, cotidiano y afectivo.

Desde esta perspectiva, el aula no es solo un lugar donde se aprende, sino donde se es. Cada espacio el rincón de lectura, el cartel de cumpleaños, el mural colectivo comunica algo sobre quién pertenece allí. Si los rostros que se exhiben, los cuentos que se leen o los temas que se abordan excluyen sistemáticamente ciertas culturas, cuerpos o formas de ser, el mensaje será de negación. En cambio, cuando se cuidan estos detalles, el aula se vuelve territorio de acogida. En ella, cada estudiante puede experimentar lo que significa formar parte de un nosotros que no anula, sino que potencia la diferencia. Así, la pedagogía se convierte en una forma de ciudadanía cotidiana, donde pertenecer no significa adaptarse ciegamente, sino participar activamente en la construcción de un mundo común.

Cuando se logra que un niño diga “esta es mi escuela” con orgullo, se ha dado un paso crucial en la formación de su identidad. Ese sentimiento no surge de la nada: se construye lentamente, en cada experiencia donde el estudiante se siente tenido en cuenta, cuidado, respetado. Y aunque los contenidos curriculares son importantes, no son suficientes. La memoria emocional de lo vivido en la escuela tiene un peso igual o mayor: el recuerdo de una maestra que lo abrazó cuando lloraba, de un compañero que lo eligió en un juego, de un profesor que elogió un dibujo. Son esos hilos afectivos los que tejen el sentimiento de pertenencia, más allá de las notas o las pruebas estandarizadas.

En contraposición, la ausencia de estos vínculos puede generar un vacío difícil de llenar. Un estudiante que nunca es llamado por su nombre, que no ve su realidad reflejada en los libros o que solo recibe correcciones, aprende a habitar la escuela como un territorio ajeno. La pedagogía no puede ser neutral ante esta realidad. Tiene el deber de construir puentes entre los mundos que los niños traen y el mundo que la escuela propone. Es allí donde la alianza con las familias se vuelve estratégica. No como exigencia burocrática, sino como apertura a la escucha mutua. Escuchar lo que la madre teme, lo que el abuelo recuerda, lo que el niño calla, es parte del acto educativo. Es, también, reconocer que la identidad no se impone: se acompaña.

La identidad, entendida como un proceso dinámico y situado, no puede desvincularse de los contextos donde se forja. La escuela y la familia son escenarios

fundamentales en esta construcción. Pero no son entornos cerrados: están atravesados por imaginarios sociales, estructuras de poder y discursos culturales que también moldean la forma en que los sujetos se piensan a sí mismos. Por eso, la pedagogía que se limita a transmitir conocimientos técnicos pierde de vista su responsabilidad formadora. Necesitamos una pedagogía del reconocimiento, como sugiere Axel Honneth (1997), quien afirma que “el individuo solo puede llegar a formarse una identidad personal si se reconoce en la mirada del otro” (p. 92). Esta mirada no debe ser solo tolerante, sino activa, validada y comprometida con la justicia relacional.

En las prácticas escolares esto se traduce en acciones concretas: permitir que los estudiantes escojan temas que los representen, diseñar espacios para compartir sus historias, legitimar sus lenguas y acentos, o atender con seriedad las situaciones de discriminación. No se trata de una pedagogía ingenua, sino de una postura ética frente a la alteridad. Del mismo modo, cuando la familia es reconocida como aliada del proceso educativo más allá de su nivel socioeconómico o de instrucción formal se establece un puente vital entre dos esferas que deben dialogar. Ese diálogo, aunque no siempre fácil, permite que el estudiante no sienta que debe dividirse entre lo que vive en casa y lo que vive en la escuela, sino que puede integrar ambas experiencias en una narrativa coherente de sí.

Pensar la pertenencia desde una perspectiva pedagógica y humana es también pensar en el tipo de sociedad que queremos construir. Si en la escuela se aprende a pertenecer, entonces también se aprende a convivir, a disentir con respeto, a escuchar

al otro, a defender la propia voz sin aplastar la ajena. La ciudadanía no comienza en la mayoría de edad ni en las urnas: comienza en la infancia, en cada experiencia donde se valida o se niega la dignidad de ser quien se es. En este sentido, educar para la pertenencia es educar para la democracia, no como sistema electoral, sino como forma de vida compartida. Como señala Martha Nussbaum (2010), “una educación que no desarrolla la capacidad de imaginar la vida del otro pone en riesgo la humanidad misma” (p. 95). Y esa capacidad no se aprende memorizando datos, sino interactuando con la diferencia, tocando la realidad con la piel del afecto.

Lejos de ser un contrapeso crítico a esta transformación, muchas instituciones educativas han reproducido lógicas que refuerzan la fragmentación identitaria. Planes de estudio estandarizados, énfasis excesivo en resultados, debilitamiento de la educación artística y cultural, y prácticas docentes centradas en la disciplina antes que, en el vínculo, han configurado un aula en la que el niño se siente observado, pero no visto; muchos docentes, agobiados por exigencias externas y sin formación suficiente en pedagogía emocional o intercultural, terminan sin herramientas para acompañar procesos identitarios complejos. En este marco, la pertenencia se vuelve una excepción más que una norma, y el aula se convierte en un lugar donde el niño sobrevive, pero no florece.

“La escuela ha dejado de ser un lugar de arraigo cuando olvida que cada niño llega con una historia que no cabe en las rúbricas, pero que pide a gritos ser escuchada, sostenida y

validada en la convivencia cotidiana” (Salazar, 2023, p. 104).

Esta mirada humanizadora exige una revisión de las políticas educativas que muchas veces se centran más en los resultados que en los vínculos. Las pruebas estandarizadas, los rankings escolares, las métricas rígidas pueden invisibilizar los procesos más delicados y fundamentales: un estudiante que recupera la confianza en sí mismo, una familia que se siente acogida, una comunidad que empieza a reconocerse en la escuela local. Estos logros no siempre caben en un informe estadístico, pero son esenciales para sostener una educación que transforme vidas y no solo transmita contenidos. Porque al final, la pertenencia es eso: la certeza profunda de que hay un lugar en el mundo donde uno es visto, nombrado y necesario.

Pertenecer no significa solamente estar presente; significa sentirse implicado, reconocido, indispensable. En el contexto escolar, esa pertenencia no se decreta ni se impone, se construye en los gestos cotidianos, en los vínculos sostenidos, en las palabras que dejan huella. Lo que el sistema educativo decida priorizar el rendimiento o el cuidado, la obediencia o el pensamiento crítico tendrá consecuencias profundas en la forma en que los sujetos se entienden a sí mismos y a los otros. Por eso, la pedagogía no puede ser neutra ni aséptica: debe ser profundamente humana, capaz de generar contextos donde cada niño y niña, cada joven, cada docente, se sepa parte de algo

mayor que sí mismo. Como señala Henry Giroux (2012), “la educación es una práctica de libertad o no es nada en absoluto” (p. 13). Libertad que se enraíza en la pertenencia, porque nadie puede ser libre si no ha sido primero acogido.

Este proceso no ocurre de manera automática. Requiere intención, sensibilidad, compromiso ético. Requiere también formación docente que incluya el desarrollo de habilidades socioemocionales, mirada crítica sobre la diversidad y herramientas para trabajar con las comunidades. No basta con querer incluir: hay que saber cómo hacerlo. Y en ese saber, las voces de los estudiantes, sus familias y sus territorios deben tener un lugar central. Solo así se logrará que la escuela no sea una institución fría y reproductora, sino un espacio vital, afectivo y transformador. Un lugar donde el aprendizaje sea también una forma de ser con otros, de construir identidad con raíces y alas.

En ese horizonte, se va dibujando una pedagogía que no se encierra en manuales ni protocolos, sino que nace del encuentro humano, de la escucha activa, del respeto profundo por la dignidad de cada ser. Una pedagogía del vínculo, del cuidado y del reconocimiento. Esta propuesta no exige recursos extraordinarios ni reformas estructurales imposibles; exige, sobre todo, una disposición ética del educador y de la institución escolar a mirar al otro como sujeto legítimo. A reconocer que antes que aprendiz, el estudiante es persona; antes que usuario del sistema, es portador de

historia, cultura, sueños y heridas. Y que la pertenencia no es un valor añadido al aprendizaje, sino su condición de posibilidad.

En esa dirección, las estrategias se vuelven gestos: abrir un espacio para que los estudiantes cuenten lo que viven, acompañar con respeto los procesos familiares, conectar el currículo con las realidades del contexto. Cada acción puede ser una puerta hacia la inclusión o una barrera hacia la exclusión. Por eso, esta pedagogía apuesta por una escuela que interpele, que pregunte, que abrace. Una escuela donde las diferencias no se afecten, ni se oculten, sino que se visibilicen como riqueza colectiva. Una escuela que recuerde, cada día, que educar es también una forma de amar al otro en su derecho a ser; educar para la pertenencia es sembrar humanidad en un mundo que muchas veces deshumaniza. Es recordar que la escuela no es solo un lugar de paso, sino un territorio donde se aprende a habitar la vida con otros. Donde cada sujeto, al reconocerse parte de un nosotros plural, empieza a escribir su propia historia con palabras de dignidad. No se trata de una utopía ingenua, sino de una convicción ética y política: que todo proceso educativo que ignore la subjetividad, la diversidad y la necesidad de vínculos está condenado a fracasar en su propósito más profundo.

En tiempos donde la fragmentación social se agudiza, donde los vínculos se debilitan y el individualismo se impone, la escuela puede resistir como un espacio de sentido. Puede ser el lugar donde cada niño y cada niña escuche, quizás por primera vez, que su vida importa, que su voz cuenta, que su presencia transforma. Y que, aunque el mundo sea complejo, hay comunidades posibles donde no es necesario negarse para

ser aceptado. Porque como bien expresa Paulo Freire (1997), “nadie educa a nadie, nadie se educa solo, los hombres se educan entre sí, mediatizados por el mundo” (p. 78). Ese mundo, cuando es vivido con pertenencia, se vuelve un lugar habitable, justo y profundamente humano.

CONCLUSIÓN

La identidad y el sentido de pertenencia son aspectos fundamentales en la construcción del individuo y en su desarrollo dentro de la sociedad. A lo largo del tiempo, estos conceptos han evolucionado y han sido influenciados por factores como la globalización, la digitalización y las dinámicas sociales. Aunque estos cambios pueden representar desafíos, también ofrecen oportunidades para fortalecer la identidad y el sentido de pertenencia a través de la educación, la preservación cultural y un uso consciente de la tecnología. En un mundo cada vez más interconectado, encontrar un

equilibrio entre la identidad individual y la integración social resulta clave para el bienestar personal y colectivo.

La escuela, lejos de permanecer ajena a esta transformación, ha reproducido muchas veces lógicas que refuerzan la fragmentación: currículos estandarizados, invisibilización de las culturas locales, ausencia de espacios para el relato personal, y prácticas pedagógicas deshumanizadas. Sin embargo, también es en la escuela donde puede gestarse la resistencia y la reconstrucción: un aula que reconoce, que escucha, que valora y que narra puede transformarse en un espacio de resignificación identitaria; el reto pedagógico que se impone es tan profundo como urgente: educar no solo para transmitir conocimientos, sino para devolverle a cada niño su historia, su voz y su lugar. La pertenencia no puede seguir siendo una excepción emocional; debe convertirse en una práctica estructural de la escuela. Solo así podremos hablar de una educación verdaderamente humanizadora. Este llamado no es solo técnico, sino ético. Se trata de decidir qué tipo de humanidad estamos dispuestos a cultivar desde las primeras edades, y si estamos dispuestos a acompañar a nuestros niños en la valiente tarea de decir “quién soy” y “dónde pertenezco” en un mundo que, muchas veces, les responde con silencio o indiferencia.

4. REFERENCIAS

Freire, P. (1997). *Pedagogía del oprimido* (30.^a ed.). Siglo XXI Editores.

Giroux, H. A. (2012). *On critical pedagogy*. Bloomsbury Academic. Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento: Por una gramática moral de los conflictos sociales*. Crítica.

Nussbaum, M. C. (2010). *Sin fines de lucro: Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Katz Editores.

- Torres, C. A. (1998). Democracy, education, and multiculturalism: Dilemmas of citizenship in a global world. Rowman & Littlefield.
- Gonzáles Campos, G., Martínez Pérez, F., & Sánchez Gómez, M. (2023). Estrategias educativas para fortalecer la identidad y el sentido de pertenencia en estudiantes de educación superior. *Revista Iberoamericana de Educación*, 81(1), 85-102.
- Henríquez Henríquez, D., Urzúa Morales, A., & López López, W. (2020). Fusión de identidad: una revisión sistemática. *Acta Colombiana de Psicología*, 23(2), 410-437.
<https://doi.org/10.14718/ACP.2020.23.2.18>
- Roque-Herrera, Y., & Quizhpi-Andrade, L. R. (2022). Sentido de pertenencia en estudiantes universitarios ecuatorianos en tiempos de pandemia. *Puriq*, 4, e272.
<https://doi.org/10.37073/puriq.4.272>
- Restrepo Cuervo, C. (2020). Redes sociales y fragmentación de la identidad en jóvenes universitarios. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 18(2), 123-140.
- Toribio-Lagarde, G., & Álvarez-Rodríguez, J. (2019). La moda globalizada y su influencia en la identidad cultural de los adolescentes. *Revista de Estudios Culturales*, 15(3), 45-60.